



Martha Argerich

LXV aniversario de una pianista fenomenal

BETTY ZANOLLI FABILA

En el piano, como en cualquier instrumento musical, el desarrollo y dominio técnicos son elemento fundamental cuando se aspira a alcanzar altos niveles de interpretación artística. No obstante, en ocasiones existe una falsa concepción en torno a la técnica. Muchas veces se dice: “más que la técnica, lo que importa es el sentimiento que exprese el artista”. Es verdad, pero generalmente, ya de modo conciente o bien de forma instintiva y natural, en el gran artista la excelencia de su interpretación emana en gran medida de las posibilidades que posea desde una perspectiva igualmente técnica. Difícil, si no imposible, es encontrar a un artista de excelencia en el que no exista un pleno dominio técnico. Lo que puede hallarse, en todo caso, es a un artista que pudo no haber sido formado bajo una enseñanza a través de la cual se le brindara de modo expreso y sistemático el conocimiento técnico, pero de que él debió desarrollar una técnica, fuera ésta adquirida o bien nacida de sus propias y espontáneas facultades artísticas, es también cierto.

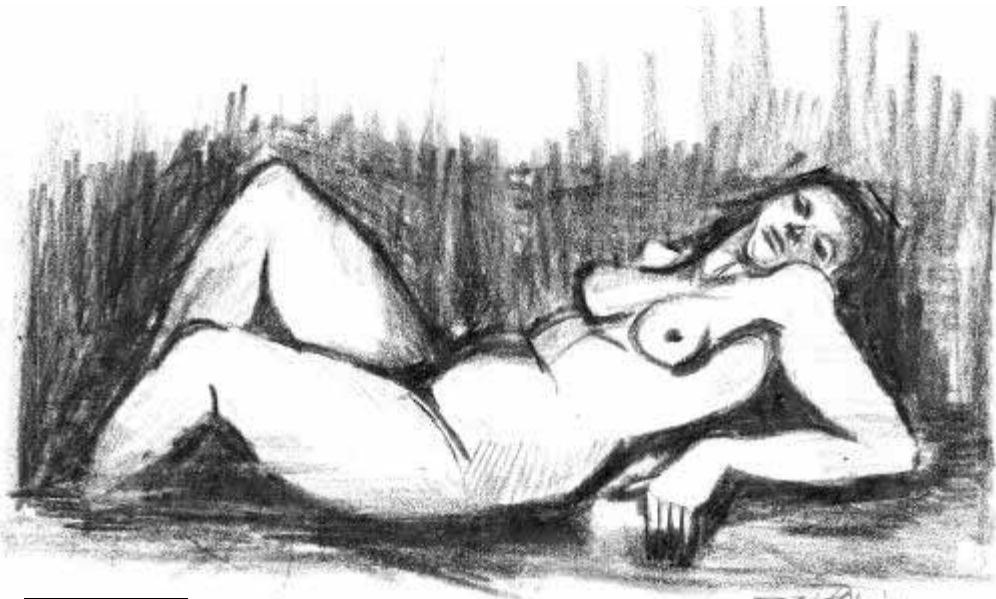
Durante mi infancia escuché siempre a mi padre Uberto referir cómo en un concierto al que había asistido cuando tocaba Alfred Cortot, aprendió algo paradójico: el gran maestro, interpretando a Chopin, de pronto su dedo se equivocó de nota en un fragmento de gran emotividad, y no por una tecla sino por varias. Mi padre entonces decía “en aquel momento entendí que lo más importante del mensaje artístico no era la perfección. Era la emotividad, la transfiguración espiritual que un artista obra en su escucha.” Por su parte, mi madre Betty siempre me ha contado cómo su maestro de canto, David Silva, le decía que lo más importante para augurar éxito en un

futuro cantante era lograr desarrollar su voz de la manera más natural posible. En consecuencia, por ambos entendí, si es que es posible, parte del secreto del misterio de la interpretación musical. Secreto que mi maestro de piano, Leopoldo González Blasco, redondeó a partir de sus enseñanzas: si de modo natural no existe en un sujeto que aspira a ser músico la técnica indispensable para desarrollar sus facultades musicales, en este caso pianísticas, es menester que éstas se desarrollen bajo la guía de un maestro que pueda desarrollar en él, de acuerdo a sus propias características, a través del aprendizaje técnico del instrumento en cuestión.

La técnica no lo es obviamente todo, pero es ella base y fundamento esenciales para aspirar a alcanzar grandes niveles de interpretación artísticos. La sensibilidad, el gusto estético, la información musical, son indispensables, pero cuando se posee una técnica eficaz, el efecto artístico en consecuencia se encuentra posibilitado de obtener interpretaciones musicales sobresalientes.

En ello reflexiono siempre que evoco a uno de los más grandes intérpretes musicales de todos los tiempos. La más grande de las pianistas, Martha Argerich, a quien aprendí a admirar a través de mi propio maestro, quien fuera su amigo y compañero de estudios en la Academia de Música y Arte Dramático de Viena hacia mediados de los años cincuenta del siglo pasado.

Técnica-interpretación, dicotomía que no puede ni debe separarse: Martha Argerich es la prueba viva y fehaciente de ello: artista en la que cobra vida la técnica vanguardística en la que fue iniciada principalmente a partir de las investigaciones de su maestro Vincenzo Scaramuzza en Buenos Aires. Formada en ella, al llegar a Viena, con tan sólo 14 años de edad, ya Martha era todo un prodigio, era el binomio perfecto:



Román del Prado

la gran técnica y la excepcional interpretación. Por ello es válido afirmar que en gran medida radica allí su prodigio, al lograr con su técnica efectos virtuosísticos difícilmente inigualables por el resto de los pianistas, canalizando y dando vida al mismo tiempo a ese inmenso caudal de sensibilidad y gusto estético que posee.

Algún día Martha dijo que para ella la interpretación permitía liberar al inconsciente de uno. Así, cuando era posible, afloraban cosas inesperadas y sorpresas en la ejecución, consistiendo en esto, principalmente, lo que apreciaba de los demás pianistas. En cambio, si sólo eran maestros de la expresión, dejaban de tener interés para ella, ya que si bien el serlo es cualidad importante para un maestro, en un intérprete, a juicio de Argerich, lo que le interesaba era ver qué ocurría con lo que conciente o inconscientemente esperaba habría de realizar el artista en su ejecución. Y tan cierto es que ella misma lo refrenda en cada interpretación en que renueva su decir, su espíritu, su temperamento, en suma, la individualidad de su propio genio.

En mayo de 2006 Martha Argerich cumplió 65 años de edad.

Mujer polémica, de arrebatos, de poderoso y efervescente temperamento que la ha hecho célebre al huir a los camerinos tras las ovaciones que ha ganado por sus inigualables interpretaciones. Pero, ¿quién es Martha? Para muchos, un caso, un

fenómeno. Para mí, como ratifico, la más grande pianista de que tenemos constancia. La niña cuyo genio asombró y cautivó para siempre al joven por quien décadas pude conocer esa técnica fenomenal. La maestra que concierto a concierto y grabación a grabación nos ejemplifica cómo es posible que las obras de los más grandes maestros del repertorio pianístico, alcancen la certeza de la perfección. Prueba de ello sus interpretaciones clásicas y románticas, pues lo mismo en Scarlatti que en Haydn, Beethoven, Schubert, Schumann o Chopin, cada compositor es, en la concepción de Argerich, tal y como ellos debieron soñar ser interpretados, de igual forma como en Rachmaninov, Prokofiev o Tchaikovsky su fuerza y apasionamiento sacuden por el poderío que despliega y en Ravel, principalmente en Gaspard de la nuit, su diafanidad es inigualable.

En este año conmemorativo he querido evocarla para reconocer en ella el caso de una conjunción artística perfecta: de la técnica y del genio interpretativo como antes referí.

De Martha Argerich se ha hablado y escrito muchísimo, pero estoy segura que en un futuro se hablará mucho más. Lo sé bien, porque Martha es, como mi maestro siempre nos dijo a quienes fuimos sus alumnos, un fenómeno, un fenómeno vivo que permanecerá como tal. ■

bettyzanolli@hotmail.com